

Resignificación docente con un grupo de primer año

Mariana Guadalupe Mendoza Martínez¹
CREN "Profra Amina Madera Lauterio"

mendoza1@outlook.es

En el siguiente texto, me permito compartir con las y los lectores las experiencias que atravesé en las jornadas de prácticas de V semestre, que se desarrollaron en la escuela primaria "Benito Juárez", turno matutino, en el municipio de Villa de la Paz, en nuestro estado potosino, y que, en cierto sentido, marcaron y resignificaron mi transcurso como docente en formación.

En cuanto llegué, se me asignó el grupo de primer grado "A", un grado caracterizado por ser el de las alumnas y alumnos de menor edad que se adaptan a una nueva forma de trabajo, ambiente, espacios, compañeros y maestros. Al entrar al grupo, mi primera impresión, honestamente, fue de preocupación y miedo, debido a que nunca había trabajado con niñas y niños de primer año, por lo que sabía que me encontraba ante un gran reto que definiría mi camino en la docencia. Llegaban los primeros estudiantes al salón; me observaban con curiosidad y algunos otros lloraban porque querían estar con sus madres. En total, recibí un grupo de 28 integrantes (Mendoza M, DR, R1, 2025).

Me acerqué a la maestra titular para preguntarle sobre algunos de los aspectos que había notado durante la jornada; por ejemplo, observé que en la parte inferior de algunas bancas había ligas de resistencia. Ante esto, me explicó que implementó esta estrategia especialmente para el alumno "E", diagnosticado con Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH), ya que le permite canalizar su energía y favorecer su concentración durante las actividades (Mendoza M, DR, R2, 2025).

Del mismo modo, me mencionó que ciertos estudiantes presentaban dificultades para regular sus emociones, principalmente por una

¹ Pasante de la Licenciatura en Educación Primaria, Centro Regional de Educación Normal (CREN) "Profra. Amina Madera Lauterio", Cedral, S.L.P. ORCID: 0009-0009-7273-6811

baja tolerancia a la frustración. Aunque este comportamiento puede considerarse común debido a su edad, es importante trabajar de manera intencionada en el desarrollo de habilidades socioemocionales, ya que estas influyen directamente en la convivencia escolar, el aprendizaje y el bienestar integral.

Los principales retos que pude identificar durante este primer acercamiento y que abordé en jornadas de prácticas se relacionan, en primer lugar, con el trabajo del proceso de alfabetización. Este aspecto representó un desafío significativo, ya que implicó que yo comprendiera y aplicara de manera adecuada el método de enseñanza que la maestra titular se encontraba utilizando en el aula, respetando su planificación y estrategias, al mismo tiempo que se buscó aportar actividades que fortalecieran el aprendizaje. Adaptarme a dicho método requería tiempo, estudio, observación, análisis y una constante reflexión sobre lo que estaba preparando para mis próximas clases.

Otro reto importante era el trabajo con el control y la regulación de las emociones del alumnado, así como la focalización de estas durante el desarrollo de las actividades propuestas. En este sentido, era necesario crear e implementar estrategias que favorecieran un clima de aula positivo, que motivaran a las niñas y los niños a participar activamente y que les permitieran canalizar sus emociones de manera adecuada para mantener la atención y el interés en las actividades.

Al llegar al aula, lista para iniciar mis prácticas, me sentía nerviosa y con cierto temor, ya que constantemente pensaba si las clases que había planeado tendrían el resultado esperado en un espacio tan dinámico y cambiante como lo es el aula. A pesar de estas emociones, procuré mantenerme firme y segura, pero al mismo tiempo abierta a la adaptación conforme se iba desarrollando la jornada y a lo que marcaba mi planeación.

Sin embargo, en poco tiempo pude darme cuenta de que lo planeado inicialmente no estaba funcionando como lo había previsto. Esto se debió a la marcada diferencia en los niveles de aprendizaje del grupo, ya que mientras algunos estudiantes se encontraban más avanzados en el proceso de lectoescritura, otros aún presentaban dificultades in-

cluso para tomar el lápiz de manera adecuada (Mendoza M, DR, R4, 2025).

Al mismo tiempo, la atención dentro del aula tendía a dispersarse con facilidad, ya que con mucha frecuencia se presentaban malentendidos y conflictos entre los estudiantes, lo cual interfería en el desarrollo de las actividades. Ante esta situación, busqué implementar diversas estrategias con el objetivo de favorecer la concentración y regular el ambiente del grupo; sin embargo, estas solo lograron captar el interés del grupo en una primera ocasión. Al intentar replicar dichas actividades en otros momentos, fue evidente que menos de la mitad del grupo mantenía la atención y la disposición para participar activamente.

Un ejemplo de ello fue la actividad de meditación, la cual únicamente se llevó a cabo de manera adecuada en una ocasión. Si bien esta estrategia permitió regular brevemente la energía del estudiantado después del receso, identifiqué la necesidad de implementar actividades adicionales que funcionaran como un puente para reconectar al grupo con la clase del día en la próxima jornada.

Ante estas situaciones, en algunos momentos me sentía algo insegura respecto a la manera en que estaba realizando las clases, ya que tenía la sensación de que no se estaban dirigiendo por el camino planeado. Sin embargo, el proyecto se finalizó de manera correcta con la creación de frases cortas, lo cual me dejó una sensación de satisfacción, pero también la certeza de que lo podía hacer mejor en la siguiente jornada.

Durante las semanas siguientes me mantuve en constante introspección sobre la manera en que me desarrollé en las clases, identificando áreas de oportunidad y analizando las características del grupo. A partir de esta reflexión, decidí orientar mi siguiente jornada de prácticas con un plan enfocado principalmente en la canalización de las emociones y el fortalecimiento de la atención del grupo.

Llegué una vez más a la escuela primaria con un nuevo semblante, buscando demostrar mayor seguridad y control frente al grupo. En esta ocasión, debía trabajar con dos proyectos y una secuencia didác-

tica, además de continuar abordando de manera constante el proceso de alfabetización en cada una de mis clases.

Para esta jornada opté por implementar más actividades sensoriales, las cuales requerían un mayor nivel de concentración por parte del grupo durante su elaboración. Asimismo, introduje diversas pausas orientadas para que los estudiantes se reconocieran a sí mismos, tanto como parte de un grupo como en su individualidad, identificando y expresando sus emociones. Aunque en esta ocasión parecía que todo iba por el camino esperado, siempre es importante recordar que el aula es un espacio en constante cambio, y esta vez no sería la excepción.

En una ocasión, el alumno “E” presentó una crisis emocional al finalizar la jornada. Me di cuenta de que me había faltado estudiar y prepararme adecuadamente para este tipo de situaciones, pues ya se me había anticipado que podían ocurrir en cualquier momento. En aquel instante, no supe con certeza cuál era la acción más adecuada, ya que el alumno se encerró en el salón y no quería salir hasta que finalmente vio a su hermana a través de la ventana (Mendoza, M, DR, R15, 2025).

Este suceso se convirtió en un momento de gran estrés y ansiedad para mí, debido a que no pude prevenir que ocurriera ni tampoco supe cómo abordarlo adecuadamente. La experiencia me dejó con la sensación de duda sobre mis capacidades y me hizo cuestionar si el camino de la docencia era realmente lo mío. Es ahí donde, desde mi propio esmero, encontré que la preparación teórica muchas veces se encuentra alejada de la práctica y que aquel vínculo entre la escuela y la comunidad se encuentra, las más de las veces, fragmentado.

Después de todo aquel acontecimiento en particular, continué trabajando con las actividades correspondientes dentro del aula, pero ya no con el mismo semblante de seguridad con el que me había preparado inicialmente. Constantemente me cuestionaba: ¿Están los alumnos realmente aprendiendo con lo que estamos trabajando? ¿Qué más me falta para que esta clase sea más efectiva? ¿Qué debo hacer para que el alumno “E” canalice sus emociones de manera adecuada? ¿Estoy cumpliendo de manera correcta mi papel como docente en formación?

Pensar en todo esto me hacía sentir que me había equivocado, que me había engañado a mí misma y que quizás esta profesión no era para mí. Aun así, no decaí y seguí adelante, consciente del compromiso que tenía con mis educandos y con las maestras que me acompañaban en este camino. Con el paso de los días, pude observar los avances que algunas alumnas y alumnos lograban en sus trabajos: cada vez les resultaba más fácil escribir frases cortas o realizar conteos. Poco a poco, mis preguntas y dudas comenzaron a encontrar respuesta en su aprendizaje.

Ahora podía ver los frutos de mi esfuerzo: las niñas y los niños se concentraban más en sus actividades, me pedían jugar a las “tortuguitas”, una estrategia que adapté para regular las emociones en el salón, o solicitaban que les prestara un peluche cuando se portaban bien. Estos pequeños logros me demostraron que, a pesar de las dificultades y los momentos de incertidumbre, estaba logrando orientar y acompañar su proceso de aprendizaje.

Por lo anterior, reflexioné sobre la importancia de nuestro papel como docentes, especialmente al trabajar con grupos de grados menores, como lo es primer año. Es en esta etapa cuando los docentes tenemos la oportunidad de impulsar a las alumnas y los alumnos a participar en su propio aprendizaje, fomentando la motivación y el gusto por aprender, por leer, por escribir, por investigar y por descubrir más sobre el mundo que los rodea. Por ello, cada día me sentía motivada al ver los ojos atentos en mí, esperando con entusiasmo lo nuevo que debían realizar en cada clase; sonrisas que se iluminaban al terminar un trabajo; mentes creativas que se desenvolvían en cada participación; y manos que me brindaban cariño y agradecimiento por acompañarlos como su maestra practicante.

Ser docente implica estar plenamente consciente del aula en la que nos encontramos; esta conciencia nos permite aceptar los errores que a veces cometemos, pero también evaluar nuevas situaciones y tomar decisiones que favorezcan que las alumnas y alumnos construyan sus propios aprendizajes. Durante mi práctica, aunque era consciente de mis áreas de oportunidad, no siempre lo estaba de mis fortalezas, lo

que en algunos momentos dificultaba la toma de decisiones adecuadas para el grupo.

Un ejemplo claro de esto ocurrió con el alumno “E”, que, como lo mencioné anteriormente, presenta TDAH. Este alumno vivió una crisis emocional que no se pudo anticipar con facilidad, ya que este tipo de situaciones son impredecibles y forman parte de las características de su condición. Situaciones como estas sé que no son errores del docente, sino desafíos del aula, lo que me hizo darme cuenta de que se requiere preparación, flexibilidad y una capacidad constante de adaptación ante lo inesperado.

Abandonar esta profesión es algo que ahora se encuentra un poco más lejos de mis pensamientos. Aprendí que, al integrar ternura, paciencia y acompañamiento afectivo en mi práctica, puedo generar espacios donde cada estudiante se sienta seguro y valorado, lo que facilita su desarrollo de aprendizajes y su desarrollo socioemocional, incluso frente a situaciones de crisis. Cada experiencia, aunque desafiante, se convierte en una oportunidad de crecimiento profesional y personal.

Estos acontecimientos me enseñaron que la imagen del docente no parte desde la perfección, sino más bien desde la capacidad de transformar las dificultades en oportunidades. Al trabajar con niñas y niños pequeños, comprendí la necesidad de tener una mirada humana y empática, lo cual demanda sensibilidad para escuchar emociones, reconocer sus ritmos de aprendizaje y acompañarlos en sus primeras experiencias escolares. Marcó un antes y un después en mi formación, porque me permitió redescubrir mi vocación como docente, reinventarme y sostener con ternura y paciencia cada dificultad, porque estas abrían la puerta para crecer junto con quienes confían en mí para aprender.

Tal como lo plantea Paulo Freire, “La educación es un acto de amor, por tanto, un acto de valor” (Freire, 1969, p. 92), lo que me permitió comprender que equivocarse, reflexionar y reajustar la práctica forman parte fundamental del proceso de enseñanza y aprendizaje.

Referencias

Mendoza, M. Diario de campo. Registro 1. 2025. Mendoza, M. Diario de campo. Registro 2. 2025. Mendoza, M. Diario de campo. Registro 4. 2025. Mendoza, M. Diario de campo. Registro 8. 2025. Mendoza, M. Diario de campo. Registro 12. 2025. Mendoza, M. Diario de campo. Registro 15.

Freire, P. (1969). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI Editores.



Detalle de la obra El guardián de la memoria encendida 04